



Discurso del

Dr. Carlos Garatea Grau

Leído el 1 de marzo en el Primer encuentro nacional de rectores de universidades del Perú convocado por el rectorado de la Unsaac, bajo el título

“Por la defensa de la autonomía y la calidad de la educación superior universitaria”



Discurso

En nombre de la Pontificia Universidad Católica del Perú, empiezo agradeciendo al rector de la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco por darme la oportunidad de participar en esta ceremonia, en la que nos reunimos a celebrar los 330 años de esta distinguida universidad. Somos testigos de su desarrollo, de su compromiso con una formación de calidad, y de su contribución con el país y con un sistema universitario serio e inclusivo. El aniversario es motivo de alegría y orgullo. Muchas gracias, señor rector, por la invitación; y mis sinceras felicitaciones, estimados colegas, amigos.

La vida universitaria es un espacio de discrepancias y consensos. Lo digo porque no insistiré hoy en nuestra posición en torno a la contrarreforma que se discute actualmente en el Congreso de la República. Ya la hemos hecho pública, junto a 18 universidades, en repetidas ocasiones en los últimos meses. Pienso, además, que la ocasión es ideal para ofrecerles algunas ideas en torno a la calidad universitaria y los desafíos que nos esperan en nuestro quehacer académico e institucional. Intentaré, por ello, ir más allá del momento político y poner sobre la mesa algunos temas académicos y pedagógicos vinculados con dos dimensiones centrales en la vida universitaria: la enseñanza y la investigación. El tema es tan amplio que daría pie a un largo seminario interdisciplinario. Tengo solo unos minutos. A fuerza deberé sintetizar algunas propuestas y reflexiones. Su complejidad está, como todo en la vida, enraizada en el contexto en el que vivimos, en nuestra historia reciente, tanto en el país como en el mundo.

Lo digo porque estamos hablando de la universidad peruana, de la universidad del siglo XXI, y de una universidad que contribuya a tener mejores ciudadanos y un país más justo e inclusivo. Decirlo por delante es hoy una obligación. Les confieso que, hace menos de una semana, pensé iniciar estas palabras aludiendo únicamente a la pandemia. Con la invasión de Rusia a Ucrania, la muerte de civiles, los bombardeos y la inestabilidad que se ha generado en el mundo, cuando todavía no termina la pandemia, me queda claro que en el género humano y en el desarrollo de la civilización hay situaciones que recuerdan nuestra fragilidad de seres vivos y nos confirman los amores y los rencores, la envidia y la solidaridad, la inteligencia y la testarudez que nos define en nuestra más íntima morfología de persona. Seguimos siendo igualitos a los personajes que

describió Dante en la *Divina Comedia*, aunque nos sintamos más modernos y desarrollados y, de vez en cuando, gracias a la tecnología, creamos haber superado las distancias o haber evaporado el tiempo que tardan los frutos en madurar. Exagero un poquito, pero no mucho.

Nos consta, por ejemplo, que hay quienes ven en los últimos doscientos años, en coincidencia con el inicio de nuestra vida republicana, una sucesión de tragedias, dolores, insatisfacciones, engaños, corrupción, y un extenso racimo de pesares y frustraciones. Con todo lo cierto que hay en ello, sería injusto desdeñar los enormes progresos que nos han facilitado la vida y que nos permiten una relativa, pero efectiva, sensación de bienestar.

Pero creer ciegamente en el progreso, como los positivistas del ochocientos, es ridículo; del mismo modo que no debemos caer en la idealización nostálgica del pasado ni en la grandilocuencia de inevitables catástrofes en el futuro. “Las nieblas del futuro que nos incumben exigen una mirada firme, aunque inevitablemente miope, y menos miope si se la dota de humildad y auto ironía” (Magris).

Es un punto central para nuestro trabajo. Prudencia, riesgo y lucidez deberían ser las constantes de nuestro quehacer; como lo son reflexión, estudio y servicio desde el origen de la universidad en la Edad Media.

Hay que resistir, ciertamente. Hay que defender lo que somos y lo que queremos ser. No me cabe la menor duda. El compromiso exige superar la adición a teorías del desarrollo exclusivistas y excluyentes, derechistas o izquierdistas, demonizadoras ora del Estado, ora de la iniciativa privada (Fuentes). El centro lo debe ocupar la sociedad civil y “el surtidor de la sociedad civil es la educación”, como años atrás precisó Carlos Fuentes hablando de México.

Existe un tácito — mejor dicho, expreso— consenso general acerca de la importancia de la educación. Nada inspira más confianza como garantía del buen futuro nacional. Pocas cosas alcanzan tanto prestigio. “El docente es proclamado, en los discursos, como agente del cambio, de la democracia y la justicia. Pero los recursos equivalentes a los discursos, a las promesas, a la esperanza, no están a la altura de lo que se dice, de lo que se promete y de lo que se espera” (Fuentes). Lo sabemos bien.

También conocemos otras contradicciones. “Es un lugar común afirmar que necesitamos fortalecer, por ejemplo, la enseñanza de la historia del Perú; algunos pueden darse el lujo de pasar por el mundo sin leer un libro; muchos repiten aquí y allá que los jóvenes profesionales carecen de cultura, apenas tienen una vaga idea sobre la historia reciente, ni qué decir sobre lo que sucede en el ámbito internacional; cuánta incomodidad nos produce cuando, en las puertas de alguna universidad, los medios de comunicación entrevistan a estudiantes que confunden a Bolognesi con Alfonso Ugarte, a Grau con Bolívar o que argumentan, con pasión, a favor del ejemplar gobierno del Inca Garcilaso”. (Garatea) Cuánta falta hace promover la vocación docente entre estudiantes universitarios. No hay una gota de exageración en esta lista, ¿verdad?

Pues bien, la llegada de la COVID-19, en marzo del 2020, fue un campanazo que nos recordó de golpe, con un costo altísimo de vidas y de dolor, las brechas, las diferencias, el desamparo y la indolencia que campean en nuestro país. Han pasado dos años y empezamos a dejar atrás lo que significó para nuestras instituciones, en horas de trabajo, en recursos y en problemas, mover todo el aparato académico a la red y lo que ahora padecemos todos en el regreso y en el inicio de la semipresencialidad. Dejar campus, edificios, pizarras y aulas para mudarse a la red, aunque la mudanza no haya sido feliz y completa, fue posible por el compromiso y el esfuerzo de nuestros docentes y de nuestros estudiantes. En estos días transitamos en sentido inverso y los problemas parecen habernos estado esperando. Admitamos, pues, que la crisis no ha concluido. Admitamos que entramos a un nuevo momento, que los riesgos existen y que la incertidumbre apenas ha cambiado de lugar. Sin embargo, debemos asumir nuestras responsabilidades docentes de cara al futuro.

Lo digo con claridad: todos tenemos problemas. Nos faltan cientos de cosas, necesitamos más tecnología, mejor conectividad, mejores aulas, pizarras, en fin, y, paradójicamente, al mismo tiempo, hay muchos colegas que no quieren volver y otros que quieren volver porque ya no los aguantan en casa. ¿Cómo pensar en el futuro en esas circunstancias?

Comparto una de mis mayores preocupaciones: la respuesta pedagógica. Estos dos años nos ha cambiado a todos. Para mal o para bien, la experiencia nos ha calado a todos. El retorno a clases no debe ser un regreso. Me explico: no debemos regresar a continuar haciendo lo que hacíamos antes. Eso no es

una renuncia a la esencia de la universidad, por cierto. Tampoco es negar la indudable importancia de la presencialidad. Es una exigencia de la realidad. En todas nuestras universidades hay actualmente estudiantes que no han pisado un minuto un aula pero son orgullosos miembros de nuestras comunidades; varios miles han hecho los dos últimos años de colegio a trompicones y ahora ingresan a nuestras universidades. Más allá de la infraestructura y de las estrecheces materiales, ¿estamos pedagógicamente listos para recibirlos y ofrecerles una formación de calidad? ¿Cómo vamos a enseñarles? ¿Cómo van a aprender? Parece simple retórica, pero estas preguntas tocan el centro de nuestro quehacer. Ellas deberían ser las que nos quiten ahora el sueño y no las discusiones bizantinas que vemos y oímos a nuestro alrededor, muchas veces endeudadas a intereses particulares que no corresponden a nuestras responsabilidades académicas y universitarias. De cómo encaremos el retorno dependerá el éxito de nuestras instituciones en tanto que están dedicadas a la formación de personas. Siempre es posible encontrar un motivo para anteponer asuntos urgentes a lo importante. Hoy, lo urgente y lo importante coinciden: asegurar a los miles de jóvenes, que nos han confiado su futuro, que les brindaremos una formación de calidad y que trabajemos incansablemente para que su derecho a una buena educación sea una realidad y no una afirmación como tantas otras que son extraídas de su espacio original para ser incorporadas y deformadas en el oscuro juego de la política nacional. La buena formación es asunto de profesores y estudiantes y, claro, de métodos y estrategias pedagógicas. Perdónenme, pero, en esa perspectiva, no importa quién es el rector ni el decano ni el responsable de las finanzas. Lo que importa es lo que sucede entre un estudiante y un profesor durante la hora de clase. En ese espacio, se concentra el principal valor de la educación. En ese momento, se concentra el universo educativo y se define la eficiencia de lo que decimos y queremos hacer.

Al pasar, dejo abiertas tres preguntas con el propósito de invitarlos a reflexionar sobre nuestro sistema educativo y, en particular, sobre el sistema universitario, tres preguntas cuyas respuestas miran el porvenir:

- ¿Es adecuada la asignación de recursos a todos los niveles de la educación pública?
- ¿Cómo lograr, promover y conservar universidades de calidad al servicio del país?

- ¿Cómo favorecer una educación para vivir en democracia y cómo favorecer tanto la educación en ciencia como la investigación científica y el cultivo de las humanidades en nuestras universidades?

Reducir estos asuntos a nuevas versiones de idealismo, me parece que empobrece las cosas y es una manera de huir del debate que debemos dar actualmente. “La esperanza no nace de una visión del mundo confortante y optimista, sino de la laceración de la experiencia vivida y padecida sin velos, que crea una insoslayable necesidad de rescate”, dice Claudio Magris en un bello texto titulado *Desencanto y utopía* (13). De ese texto de Magris, voy a tomar un fragmento, a modo de pausa técnica para tomar aire y retomar luego el rumbo, que da justo en el centro de lo que trato de compartir con ustedes:

Desencanto implica asimismo desengaño, el barroco desengaño que es también doloroso desenmascaramiento de la ilusión que hace resplandecer una verdad reluctante a la Historia. Un poeta de este desengaño barroco ultramoderno, el vienés Ferdinand Raimund, cuenta, en su “La corona mágica que trae desdicha”, una comedia popular de comienzos del Ochocientos, en la que un hada benéfica da al protagonista, Ewald, una antorcha prodigiosa que tiene el poder de transfigurar la realidad: quien mira el mundo bajo su luz ve por doquier esplendor y poesía, aún allí donde solo hay miseria y desolación. El hada Lucina, al dar la antorcha a Ewald, gracias a tal don, se enriquece. La antorcha no es falsa. Quien la usa sin saber que embellece al mundo se engaña, porque no ve el dolor y abyección y se ilusiona con una existencia falsamente armoniosa. Pero quien la rechaza es igualmente ciego y obtuso porque aquel resplandor que aclara la grisura del presente permite entender que la realidad no solo es chatura y miseria. Tras las cosas como son hay también una promesa, la exigencia de cómo deberían ser, la exigencia de otra realidad potencial, que pugna por salir a la luz, como la mariposa en la crisálida.

Es un texto bello. Su actualidad es indudable. ¿Qué hemos hecho con la antorcha? ¿Qué hacemos con ella estos días en que la discusión sobre la calidad universitaria se aleja de la luz que nos permite apreciar la realidad integralmente?

Por otra parte, vivimos en una sociedad de la información y el conocimiento, “una sociedad singularmente tecnológica, surgida de una realidad que obliga-

damente afecta a la política educativa” (Cisneros). Afecta a los docentes, a los métodos de enseñanza y — no lo olvidemos — a los métodos de aprendizaje. Como señalé hace unos minutos, los dos años de crisis sanitaria y de confinamiento nos han cambiado a todos. Hoy tenemos una experiencia que, haya sido buena, regular o mala, integra nuestra biografía. Con ella volveremos a las aulas y con ella se definen nuestras expectativas y nuestras posibilidades para enseñar y para aprender. Estamos obligados a ser creativos, innovadores y a admitir el enorme y, a la vez, hermoso riesgo que significa dedicarse a la educación en el Perú de hoy. “Necesitamos ahora acertar con las nuevas estrategias para ayudar a que los estudiantes aprendan a buscar y a elegir los caminos que les facilitarán el acceso al conocimiento; y a ayudarlos de tal manera que puedan seguir hurgando y descubriendo por sí solos, a fin de que logren acomodarse de modo inteligente y provechoso en este mundo de la información y del conocimiento” (Cisneros).

La llave está ahora en la inteligencia creadora. Los estudiantes ya no pueden ser receptores del conocimiento. Ahora hay que ayudarlos a ser testigos y protagonistas. Hay que entrenarlos para averiguar; hay que estimularles la curiosidad y proponerles la búsqueda del conocimiento, insistía Luis Jaime Cisneros años atrás. Hay, por cierto, que formarlos en las reglas de convivencia, en ética, animar el espíritu crítico que les permita discernir y opinar con argumentos. Y, en esa ruta, nos toca acompañarlos y convencerlos de que es posible un futuro mejor. Para un docente, no hay hecho más doloroso que la decepción y el abatimiento de un joven cuando lo invade la negrura en su visión del futuro. Es muy difícil implementar exitosamente una política de calidad si no asumimos el desafío que conlleva ser joven actualmente en el Perú y en el mundo.

Esforcémonos, por ejemplo, en asegurar la interdisciplinariedad. Un estudiante debe aprender y descubrir que el mundo, la vida, y los hombres no son estructuras aisladas y autosuficientes, sino sistemas de sistema, como el lenguaje, que no es sólo gramática, sino que, al mismo tiempo, es sonidos, palabras, frases, tradiciones, estímulos, creatividad. Por cierto, fue la investigación interdisciplinaria la que salvó vidas durante los meses más duros de la COVID-19. Una planta de oxígeno o un respirador artificial son, por ejemplo, resultados de trabajos interdisciplinarios en el interior de nuestras universidades; especialistas de distintas disciplinas comparten conocimiento y lo integran pensando en el bien común. Interdisciplinaria es también la historia de nuestro país, así como

la manera en la que se enfrentan los problemas del agua, de la pobreza y del medio ambiente, entre tantos otros inmediatos y urgentes.

Poco o nada se dice sobre este tema. La discusión hoy se limita a cuotas de poder, a equilibrios entre unos y otros, a tributos y excepciones, pero la discusión en torno a cómo ser mejores simplemente ha desaparecido del espacio público y, en ocasiones, también del interior de nuestras instituciones. El sueño de la especialización temprana, por ejemplo, tan pujante en algunos espacios, ahoga el descubrimiento intelectual y abre peligrosamente la cancha a la frustración —esa sí— temprana.

Hace algunos años, Luis Jaime Cisneros me contó una anécdota que viene en este momento como anillo al dedo. Cuando empezaba sus estudios universitarios en Buenos Aires, en la primera clase con el profesor Mariano Castex, este lanzó a los estudiantes una pregunta. Les dijo: “Les pido que, por favor, levanten la mano quienes ya han elegido una especialidad”. Cisneros recordaba que, como si se tratara de una orden militar, cual resorte marcial, los treinta alumnos levantaron sonrientes, al mismo tiempo, la mano, incluido Cisneros, por cierto. Transmitían felicidad, un férreo amor propio. Por primera vez alguien se interesaba en ellos, en su futuro, en lo que vivían en su interior. Acto seguido, el profesor Castex los miró con atención, se puso de pie, ordenó sus cosas y dijo: “Pues, qué pena. Con un año de estudios, nadie puede estar seguro de nada. Hemos fracasado”. Y se fue de la clase como si hubiera visto al diablo en persona.

La anécdota es estupenda para lo que vivimos en la actualidad. Evitemos las falsas seguridades y el empequeñecimiento de las disciplinas a fórmulas, repeticiones y memoria. Quiero decir con esto que es hora de admitir que nuestra ignorancia ha crecido enormemente. Es imposible estar al día de las novedades que trae la investigación en ciencia, en humanidades, prácticamente todos los campos del saber evolucionan a una velocidad difícil de seguir. Será por ello un avance notable si acompañamos nuestra formación fomentando las preguntas, admitiendo que uno no sabe todo y que siempre es posible saber algo más. La investigación, por ejemplo, se basa en saber preguntar. Importa más la pregunta que la respuesta. Si la respuesta es dada de antemano, no hay investigación. Si la respuesta es provisional, pero racional, bien argumentada, habremos dado en el clavo en la formación de investigadores.

Para colmo, hoy un estudiante sabe más de medios tecnológicos que la mayoría de sus profesores. Lo hemos testimoniado con el tránsito a las plataformas digitales en marzo del 2020. “Profe, apriete F6 y verá que se resuelve su problema”, me dijo un joven de 18 años, en una de mis primeras sesiones virtuales. Tuvo razón, apreté F6, y se resolvió “mi problema”. Ciertamente tenemos enormes brechas de conectividad en el país, pero aceptemos que los muchachos hoy son nativos digitales y nosotros no.

¿Cómo vamos a enseñarles? Cómo van a procesar la información que les ofreceremos en el aula, sea presencial, semipresencial o a distancia? ¿Cómo vamos a enseñarles a reflexionar y a estudiar a quienes el mundo digital les da una sensación de inmediatez, de simultaneidad, y, por el contrario, qué hacemos con quienes jamás han usado una computadora o con quienes estamos formados profesionalmente en el mundo del papel, de los libros, de la pizarra? ¿Qué hacemos? Tremendo problema. Volvemos a los métodos tradicionales, nos adaptamos a la tecnología o buscamos un equilibrio que, en un extremo, refuerce la importancia de la clase presencial, de la voz, de la mirada, del contacto, esenciales e irremplazables en todos los niveles educativos, y, en el otro, empleamos las ventajas que nos ofrece la tecnología. Pero ¿qué hacemos con la diversidad de especialidades? Arte no es derecho, medicina no es historia. Las preguntas están planteadas. Es un reto enorme. No tengo una respuesta. Pero la ruta que perfila una atención balanceada parece ser la que nos lleva al futuro. Nada reemplaza a la presencialidad, pero, admitamos, la tecnología nos ha abierto un mundo de posibilidades que debemos aprender a emplear. La calidad dependerá del equilibrio que consigan nuestras universidades.

¿Cómo vamos?

Creo que el sistema universitario peruano ha mejorado desde el año 2014 a la actualidad. No es una ilusión, es una realidad, ciertamente imperfecta, como todo hecho humano, pero una realidad mejor de la que tuvimos antes del año 2014. Queda muchísimo por hacer. No debemos retroceder. La lista de pendientes es larguísima, pero ello no impide reconocer el trecho que hemos recorrido con empeño, con fe en nuestras comunidades universitarias y, sobre todo, con la calidad académica como condición innegociable. Y ello trae, obviamente, algunas exigencias, entre ellas las evaluaciones, la supervisión y el intercambio académico.

En cuanto a la producción en investigación, por ejemplo, es innegable el incremento de publicaciones universitarias en revistas indexadas. ¿Importa este tipo de publicaciones? Sin duda que sí. Aunque no sean el Olimpo de la sabiduría, importa porque, de esa manera, lo hecho en casa es ofrecido al mundo académico internacional, desde donde, con distancia, se evalúan y se discuten métodos, hipótesis, consistencia y originalidad, pilares esenciales de una investigación de calidad. ¿Se puede renunciar a ese camino? Por supuesto, pero de ese modo condenaríamos el desarrollo académico al ostracismo, a la repetición, al atraso, al alejamiento —la definitiva periferia— del avance del conocimiento en el mundo. Si la universidad peruana quiere desarrollarse, la integración en el mundo académico internacional es una prioridad. Faltan recursos, ciertamente. Pero siempre hay organismos internacionales dispuestos a cooperar. Pero, ojo, para tocar esas puertas, es necesario mostrar resultados de calidad. No es suficiente tocar la puerta; es necesario llevar productos de talla internacional. ¿Cómo se consiguen? No hay un misterio: se consiguen exigiendo mucho, evaluando mucho, trabajando mucho, conociendo mucho lo que pasa dentro y fuera del país. Formemos investigadores, discutamos académicamente en nuestros claustros y no temamos decirle a un estudiante que no sabemos.

Hemos empezado a caminar en esa dirección y ya hay buenos resultados: las publicaciones académicas se han triplicado en los últimos años de la mano de universidades públicas y privadas.

Falta, sin duda, promover más los doctorados, los posdoctorados, los grupos internacionales de investigación, la formación de investigadores, pero, para no dejarnos seducir por la fácil endogamia, requerimos convencernos de que necesitamos asegurar un sistema de evaluación riguroso que nos diga, sin ambigüedad y en ocasiones con dureza, si un proyecto, una hipótesis o un trabajo tiene o no calidad o si, como sucede muchas veces, es tan solo un intento audaz malo. La mirada externa y experimentada es la que garantiza el distanciamiento necesario para emitir un juicio real y pertinente.

En este sentido, pensando en la calidad, es necesario incorporar como elementos centrales:

- La urgencia de trabajar en redes interuniversitarias
- La necesidad de hacer redes entre universidades públicas y privadas

- Incorporar las evaluaciones externas
- Contar con experiencias internacionales
- Vincularse más con universidades latinoamericanas

Tres urgencias en el campo de la investigación:

1. Formar investigadores. Es fácil decirlo, pero solo un investigador puede enseñar a investigar. No es transmitir recetas; es enseñanza, práctica y tiempo.
2. Incrementar el esfuerzo en investigación: publicaciones, evaluaciones, pares ciegos, vínculos con el país, ideas innovadoras e interdisciplinariedad.
3. La investigación debe también responder a los requerimientos de la población.

Ahora bien, si pensar en el futuro nos plantea retos de distinta envergadura, nuestro desarrollo no puede ser puramente imitativo. Debe ser una modernidad inclusiva, que admita las múltiples maneras de ser actuales (Fuentes) y no simplemente llevados por la moda, que eso no es ser modernos.

Para decirlo rápidamente: ¿qué nos falta? Mucho y poco. Nos falta un compromiso nacional para sacar adelante a nuestro país y desterrar la corrupción, el abuso, la pobreza, un compromiso que nos devuelva la fe en que juntos podemos avanzar hacia un país mejor. El juicio crítico, fundamental en la formación universitaria, es, sin duda, medular para el ejercicio de la ciudadanía y las prácticas de la democracia. Previene contra la manipulación, la mentira y, algo esencial si nos situamos en nuestra historia reciente, afianza el diálogo, la tolerancia y el ejercicio argumental como criterios y normas de convivencia sana y pacífica (Garatea). La crítica permite avanzar en el conocimiento. Pero tiene una condición necesaria: la libertad. Sin crítica (y sin libertad) desaparece el motor principal de la investigación: la curiosidad intelectual y el empeño de saber siempre algo más. En libertad nunca terminan las preguntas ni las dudas. Y así volvemos al lugar de los docentes, de los planes de estudios y del quehacer pedagógico.

No todo es obra de presupuestos, amigos míos. Sí es obra de asumir el reto de que, como docentes, tenemos la hermosa responsabilidad de trabajar hoy, en este instante, una obra que existirá en el futuro. Decir que hemos respondido a las condiciones de calidad o, por el contrario, que nos dejamos envolver por los pasajeros intereses políticos, afirmar si hicimos bien o mal las cosas, lo podremos

hacer de manera retroactiva, observando los resultados con humildad, autocrítica y objetividad.

Aunque ustedes y yo, señor rector, nos vemos hoy por primera vez, me permito decirles, con absoluta sinceridad y convicción, que debemos olvidarnos de la politiquería y que debemos estar convencidos de que un país mejor es posible para todos. Un país mejor depende, en mucho, de la seriedad de nuestro compromiso docente, un compromiso que es siempre un servicio y un trabajo denodado y paciente con la juventud y el conocimiento. Nosotros, amigos, somos, ante todo, docentes. No somos políticos. A lo sumo, señores rectores, nuestra política, si se me permiten usar el término, es formar mejores personas, mejores ciudadanos y mantener viva la luz de la esperanza.

Recordemos siempre:

No somos el presente: somos lo que quedará en pie cuando no estemos.

¡Muchas gracias!

Dr. Carlos Garatea Grau
Rector de la PUCP

1 de marzo del 2022

